



ENTRE RÍOS EN CRÓNICAS



**Editorial
Municipal
Paraná**



MUNICIPALIDAD DE
PARANÁ



50
UNER Facultad de Ciencias
de La Educación

OCTUBRE 2023

Equipo Editorial Municipal Paraná

Julián Stoppello
Mara Rodríguez

Revisión de textos
Valentina Miglioli

Diseño de portada e interior
Fortunato Galizzi

SIN NOVEDAD

EN EL FRENTE

Las esperanzas de obtener el tercer Óscar se diluyeron poco antes de las once de la noche del domingo 12 de marzo cuando *Argentina 1985* de Santiago Mitre, protagonizada por Ricardo Darín y Peter Lanzani no pudo contra la película alemana *Sin novedad en el frente* que se llevó el premio a «Mejor película internacional» en la 95ª entrega de los Premios Óscar realizada en el Dolby Theatre de los Ángeles.

Argentina 1895 había sido la más vista del cine nacional en el 2022 y estaba inspirada en la historia de los fiscales Julio Strassera (Darín) y Luis Moreno Ocampo (Lanzani) que en 1985 llevaron adelante el juicio a la junta de la última dictadura militar. Era la octava en competir oficialmente como nominada al máximo galardón de la Academia donde ya habían triunfado *La historia oficial* en 1985 y *El secreto de sus ojos* en 2009.

Al igual que la película argentina, la película ganadora está basada en hechos reales, en este caso en la Primera Guerra Mundial, pero desde un lugar poco difundido por el cine, el bando alemán.

Su nombre y su historia provienen de la novela homónima que Erich María Remarque publicara con gran éxito en 1929. Al año siguiente, el director estadounidense Lewis Milestone la adaptó por primera vez y ganó el Oscar a la mejor película y al mejor director, convirtiendo la historia en un clásico del cine bélico. La segunda adaptación de la novela fue para la televisión, en 1979 con producción inglesa y estadounidense.

Sin novedad en el frente cuenta la historia de Paul Bäumer, un joven alemán de 17 años que finge la mayoría de edad y se alista, junto a un grupo de amigos, para combatir en la Gran Guerra de 1914, su entusiasmo patriótico inicial pronto choca con la dura realidad del frente de combate en el norte de Francia en un laberinto de trincheras.

Pero la novela antibélica de Remarque en 1929, ni la premiada película de Lewis Milestone al año siguiente, con sus detalladas descripciones de las atrocidades que llevaron a la muerte a millones de personas ayudaron a impedir que, solo veintiún años después, los mismos rivales fueran a una guerra aún más atroz.

La novela está basada en las vivencias del autor durante el conflicto, historia que se asemeja con la vida de Eduard Paul Hasenkamp, nacido en la «Estancia Los Naranjos» del Departamento Paraná.

Los hermanos Eduardo y Federico Hasenkamp se habían instalado en Entre Ríos en 1883 al comprarle 5996 hectáreas al exgobernador Ramón Febre, ubicadas en el Departamento Paraná, donde establecieron su estancia «Los Naranjos».

Carl Wilhem Eduard Hasenkamp fue el primero en llegar a la Argentina en 1866. Con veinte años, Eduard Hasenkamp abandona Alemania, ingresa al país contratado por la firma Lahusen Hermanos, empresarios con sede central en Bremen y negocios en otras ciudades de Alemania y empresas agropecuarias en América del Sur. En Argentina se dedicaron al comercio de lanas y todo tipo de exportación e importación para sus industrias de peinado e hilado en sus fábricas.

Eduardo, al incorporarse a la casa comercial, se dedicó a recorrer el interior para la compra de lana para la firma, adquirió experiencia en ese tipo de actividades, recorriendo principalmente el Litoral.

Entre viaje y viaje por el interior, permanecía un tiempo en Buenos Aires donde frecuentaba los lugares donde se reunían los inmigrantes alemanes, allí conoce y entabla amistad con Germán Burmeister Sommer, hijo mayor del médico naturalista y paleontólogo de prestigio internacional Germán Conrado Burmeister.

Ante el futuro poco promisorio de empleado de la firma Lahusen, con toda la experiencia adquirida y los clientes que había reunido durante esos años, decide dedicarse por su cuenta a la comercialización de frutos del país, para lo cual renuncia a su trabajo con la firma Lahusen y junto a Germán Burmeister Sommer forman la sociedad Hasenkamp-Burmeister dedicada a la comercialización de productos en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos hacia Europa. La sociedad se fue consolidando con los años, dándole cierta seguridad económica para contraer matrimonio con Catalina Taligas.

PRIMER PREMIO

Mario Edgardo **Collaud**
(Hasenkamp) Jubilado provincial docente



Desde su llegada al país tenía el sueño de convertirse en hacendado, al reunir cierto capital invita a su hermano Federico, que se desempeñaba como mayordomo para el Barón Von Schistedt, en Krosen (Prusia) a que lo acompañe en su aventura. Johann Gherhard Friedrich Hasenkamp llegará a la Argentina en 1882.

Eduardo, casado con Catalina Taligas, no tuvo hijos y su hermano Federico, que era soltero, debió regresar a Alemania en 1889 a causa de la salud de sus padres. Durante su permanencia en Europa contrajo matrimonio con Gertrudis Hillmer y, al fallecer sus padres, regresó a la Argentina. Su esposa se encontraba embarazada y, tal vez, por el desarraigo y el largo viaje, su hijo falleció al nacer.

En la tranquilidad de las lomadas entrerrianas, dos años después, se concretaría el nacimiento de la primera hija, Catalina Elisa, quien sería esposa de Mauricio Ziegler y daría la descendencia actual de los fundadores.

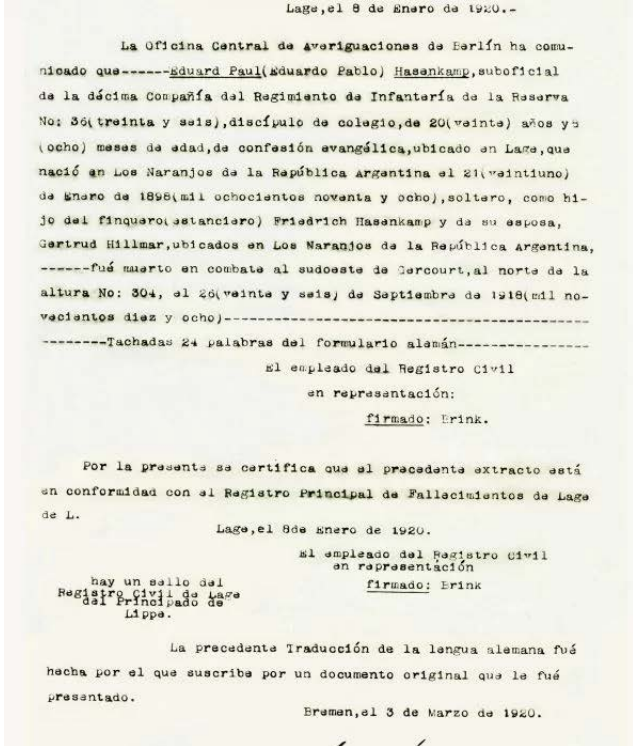
Luego, en 1896, nacería Germán Juan, quien se dedicaría a las Ciencias Económicas, sería funcionario público y el administrador final de la estancia.

Finalmente, el menor, Eduardo Pablo, cuya breve vida será una trágica réplica a la del joven protagonista de *Sin novedad en el frente*.

Eduardo Pablo, nació el viernes 21 de enero de 1898 en la estancia «Los Naranjos» donde creció en una familia que intentaba mantener sus costumbres alemanas, rodeado de las vivencias del campo argentino. Acompañar a los peones en las tareas, aprender a montar y el uso del Winchester o del Remington que acompañaban cada salida por la estancia en una época de cuatreros o posibles animales salvajes.

A los ocho años lo sorprendió la llegada del ferrocarril, subía la lomada para observar como los obreros de la «The Entre Ríos Raywals Limited» colocaban las vías de la línea Crespo-Campos Hasenkamp y construían el edificio de lo que sería «Estación Hasenkamp».

Mientras la terminal ferroviaria, con el trazado urbano de los hermanos fundadores, se convertía en una



creciente villa, el pequeño Eduardo recibía instrucción alemana en la misma estancia con su madre y alguna institutriz como maestras. Cuando la escuela abrió sus puertas en la villa en 1909 con la llegada del maestro español Francisco Agüera Porra cursó dos años en ella.

En 1912, al cumplir los catorce años, partió hacia Alemania para completar sus estudios al igual que lo había hecho su hermano Germán a la misma edad y que aún se encontraba allí.

Al año siguiente, su hermano regresó a la Argentina y Eduardo permaneció en el antiguo colegio de Dermold, la capital del distrito de Lipe. Pocos meses después, su vida junto a la de millones de jóvenes cambiaría rotundamente, en este tiempo su historia se enlaza, en notables coincidencias con la del autor y con la del protagonista de *Sin novedad en el Frente*.

Sobre la participación de argentinos en la Primera Guerra Mundial existe cierta información, la gran guerra movilizó a gran número de inmigrantes europeos e hijos de estos, sobre todo enrolados con las potencias aliadas, Francia, Gran Bretaña, Rusia e Italia, nueve de cada diez inmigrantes de un país en guerra eran de ese origen, contra solo uno de las potencias centrales, Alemania, Austria-Hungría y el Imperio Otomano.

Para los países beligerantes todos los ciudadanos que hubiesen emigrado y los hijos nacidos en otros países podían ser incorporados a sus ejércitos basados en el *ius sanguinis* o derecho de sangre. Por el contrario, en Argentina se aplicaba el *ius solis* o derecho de suelo por el cual cualquier persona obtenía la nacionalidad por el solo hecho de nacer aquí.

Algunos datos indican que los enlistados serían de 4852 en Gran Bretaña, 5800 en Francia y 32430 en Italia. En cambio, de la movilización de alemanes y austro-húngaros no hay muchos datos. Al parecer, no fue muy numerosa ya que muchos no pudieron eludir el bloqueo naval para llegar a Europa, no fue el caso de Eduard Paul Hasenkamp que se encontraba en Alemania cuando estalló la guerra.

La convocatoria de estos inmigrantes europeos por sus países de origen comenzó ni bien se inició la guerra en 1914 y, al igual que en Francia y Alemania, las movilizaciones generales fueron secundadas por instituciones comunitarias creadas a partir del conflicto o por los comités patrióticos que desplegaron múltiples acciones de concientización y recaudación de fondos para financiar el viaje de los soldados.

A pesar de que los dos presidentes argentinos que gobernaron en esos años, Victorino de la Plaza e Hipólito Yrigoyen, adoptaron la neutralidad frente a la guerra, la sociedad se volcó mayoritariamente en favor de los aliados, especialmente de Francia, que desde el siglo anterior constituía el modelo político y cultural de las élites criollas.

A comienzos de 1917, Alemania inició una guerra submarina irrestricta atacando a todo barco que navegara cerca de Gran Bretaña, Francia e Italia, incluso a los de los países neutrales. Esta acción, que perjudicaba sus intereses, empujó el ingreso de los Estados Unidos a la contienda que, a su vez, inició una campaña de presiones diplomáticas y económicas sobre las naciones de América Latina para sumarlas a su política exterior.

Eduardo Paulo Hasenkamp y Erich Paul Remark (nombre original del autor) habían nacido en 1898 con muy pocos meses de diferencia. Compartían edad también con Paul Bäumer el personaje de ficción de la novela. Los tres eran estudiantes cuando estalló la guerra. A los 16 años se alistaron como voluntarios empujados por las arengas de los docentes y un sistema educativo que en ese momento promovía el orgullo nacional y el militarismo en todas las aulas.

En el frente de batalla, Eduardo Pablo Hasenkamp y Remark cayeron heridos gravemente en combate y, mientras se recuperaban de sus heridas, ambos fueron designados a cumplir tareas administrativas en diversos destinos de la retaguardia.

Ya restablecidos, son enviados nuevamente al combate en 1918. Eduard Paul en mayo con el grado de subteniente de la Décima Compañía del Regimiento de Infantería de la Reserva N° 36 y el autor Erich Paul

en octubre, a un mes del fin de la guerra, al Frente Occidental con el Primer Batallón de Reemplazo de Osnabrück.

Los dos jóvenes combatientes se habían destacado en la batalla, a tal punto que ambos recibieron la Cruz de Hierro por su valor.

Aquí se separan las historias porque Erich Paul Remark sobrevive al atroz frente de batalla en las trincheras para convertirse en escritor y autor de reconocidas novelas con el seudónimo de Erich María Remarque.

Mientras que el joven Eduardo Pablo Hasenkamp combatió en el sector de Le Mort Homme, en las colinas de Verdún, donde se dio el enfrentamiento más cruel de la Gran Guerra, la batalla se convirtió en una lucha agónica entre trincheras durante diez meses de atroces combates con el trágico record de ser la batalla más larga de la historia con alrededor de 750000 bajas.

Al mediodía del 26 de septiembre de 1918 al sudoeste de Gercourt, al norte de la altura N° 304, cae en combate, la metralla término con la vida de Eduardo Pablo Hasenkamp a los veinte años de edad.

Terminada la guerra, la noticia atravesó el océano llegando a la estancia «Los Naranjos», donde un anciano Federico Hasenkamp recibió el duro golpe. Según relatos de una joven cocinera de la estancia, don Federico reunió a los empleados y peones en el patio para comunicarles la noticia del fallecimiento de su hijo «Hilo», como solían llamarlo, y les solicitó que esa semana en señal de duelo no hubiese música y se hiciese silencio.

Sobre la pared de una de las salas del Museo Regional «24 de agosto» de la localidad de Hasenkamp se encuentra un amplio retrato de Eduardo Pablo Hasenkamp que guarda en uno de sus ángulos inferiores la Cruz de Hierro, máxima condecoración que el Imperio Alemán le otorgó a su héroe de guerra, muerto en combate. ■

LAS SALUDADORAS DE LA CALLE WASHINGTON

SEGUNDO PREMIO

Laura Erpen

(Concepción del Uruguay) Escritora y
Profesora de Castellano, Literatura y Latín

La calle Washington estaba en el barrio sur, bien al sur de la ciudad que fundara Rocamora, y allí vivieron dos saludadoras entrañables, a solo una cuadra y media de distancia.

Era un barrio esencial: en tiempos lejanos, fue la principal entrada. Los barquitos precarios sorteaban el Riacho Itapé, hacían cabriolas por la playa, los carros esperaban para acercar hasta la orilla viajeros y enseres, y los recién llegados marchaban a dar cuenta de quiénes eran, qué traían y qué hacían por estos lares. La aduana vigilaba que las cuentas fueran claras, don Justo José era prolijo en ese tema.

En ese sur pleno de verdes y con trechos de matas ariscas, dos muchachas –una descendiente de esco-

ceses e irlandeses y otra descendiente de italianos– soñaban con un destino mejor, sin conocerse, sin saludarse, sin haberse encontrado jamás en esa calle por la que iban y venían, cada una en su rutina. Y a des-tiempo...

La de sangre escocesa llegaba de la Colonia Genacito, en donde trabajaba de maestra rural, alfabetizando a los lugareños que después construirían sus destinos. En síntesis: dando salud, porque acceder a la educación también es dar salud... Su padre había llegado a Buenos Aires en los tiempos de Rivadavia, se había cansado del trabajo arduo en la Colonia de Monte Grande, había probado suerte en la vecina tierra oriental y finalmente, se había asentado en la estancia Los Ombúes, aceptando el final inevitable.

Envío a su hija mayor, Cecilia, a estudiar en colegios ingleses, pero la niña debió volver a provincia cuando ocurrió su muerte. Fue hacia 1872. La mayor de seis hermanos, con solo trece años, se asoció a su madre, Jane Duffin, y en la escuela rural, alfabetizaron a los lugareños. Como era menor, no podía cobrar su sueldo y Jane era la depositaria de su magra retribución.

Más tarde, volvería a Buenos Aires y se dedicaría a cuidar niños ingleses, mientras proseguía con su carrera de maestra en la Escuela Normal que dirigía Ema Caprile. En tanto estudiaba en Barracas, vio morir a una de sus amigas, la pena la inspiró y decidió que su destino sería la medicina.

En esa casa de calle Washington, alquilada a la familia Lerchundi, los Grierson vivieron poco tiempo, y no hay muchos datos que lo precisen. La lúcida custodia de los tesoros de Teresa Ratto, su sobrina Betty, lo aseguraba. Las cartas de Cecilia a su abuela, los recuerdos de familia que repetía con orgullo, eran su fuente. Teresa Sabina Ratto, curadora de los tesoros familiares, así lo afirmaba: Cecilia Grierson vivió en el Barrio sur, bien al sur, y volvió con motivo de la muerte de Teresa. Viniendo de sus prolijos archivos, no nos cabe la duda.

La otra saludadora, de pura cepa italiana, la segunda de la friolera de quince hijos, transitaba la calle rumbo a sus estudios: primero en la Normal y después, en el Colegio del Uruguay. Teresa Ratto era una jo-



vencita decidida: se recibió de maestra, pero quiso ampliar su horizonte y la Medicina la tentó.

Descubrió su vocación como muchas chicas de su tiempo: leyendo, escuchando, imaginando. Los Ratto no solo habían traído sueños a la tierra de promisión, también trajeron su vasta cultura, su amor por la ópera, su afición a la lectura, su vocación de pedagogos. En la Normal, Agustina Comte de Alió había teñido de un tono afrancesado el ambiente, era especialista en la didáctica de la lengua francesa y las novedades mundiales se extendían por la ciudad calma. Miss Elizabeth King y Sara Eccleston, aportaban lo suyo...

Llegado el momento de atender a su vocación, las dos jovencitas se toparon con un muro: su condición de mujeres no las dejaba acceder a la Universidad. Les daba un permiso acotado conforme a las tradiciones y las tendencias activas de la sociedad, que las vinculaban al universo de la filantropía y la caridad como sello de la imagen femenina: podían ser farmacéuticas o parteras, por ejemplo. Con eso, bastaba, con lo que denominaban carreras menores, pero a nuestras niñas no les alcanzaba...

Cecilia no se dejó amedrentar, aprovechó el hueco administrativo que había abierto Elida Pazos, ingresó a la Facultad y poco a poco, venciendo escollos, se recibió de médica. Pagó caro su atrevimiento: nunca lograría la titularidad de una cátedra universitaria.

Teresa encontró a un vasco atrevido y audaz e inteligente, que le franqueó la entrada al Colegio del Uruguay. También pagó cara su osadía, debió afrontar episodios de lo que hoy denominaríamos bullying, pero le hizo frente a la adversidad y logró el título de Bachiller. Alguna tarde tomó el vapor de la carrera rumbo a Buenos Aires, se instaló en una pensión, teniendo como compañera de cuarto nada menos que a Julieta Lanteri, ingresó a la Facultad y se recibió. Llama la atención ver la foto del grupo de su promoción: es la única mujer.

José Sebastián Zubiaur fue el vasco paranaense que le encomendó a Cecilia ser tutora y mentora de Teresa, y el Rector que, convencido y audaz, logró para el Colegio otra de sus glorias: en Concepción del Uru-





guay, en Entre Ríos, se instituyó en el Sistema Educativo Argentino, nada menos que la equidad de género que permitió el libre acceso a la educación universitaria.

Le escribía frecuentes cartas a su distinguida alumna y el encabezado era el mismo: «Mi querida Bachiller». Pensándolo seriamente, creemos que algo quiso sugerir...

Fueron universos paralelos que nunca se cruzaron, nunca se saludaron en la calle Washington de Concepción del Uruguay, la cronología lo certifica.

Finalmente, las dos niñas se encontraron en Buenos Aires y fueron amigas y compartieron estudios y proyectos. Estaban lejos, construyendo sus destinos, pero en el ADN de sus sueños, hubo genes del barrio sur...

Dejaron de ser saludadoras, mujeres signadas por la filantropía, y se formaron como profesionales de la salud. La historia lo reconoce y las honra.

Cecilia creó la Escuela de Enfermería, viajó por el mundo, trajo los adelantos de la medicina, luchó por los derechos de la mujer y, llegada su jubilación, se retiró a Los Cocos, Córdoba. Teresa la acompañó en esas luchas iniciales, regresó a la calle Washington para establecer en la casa paterna el primer Vacunatorio Municipal y ejerció su profesión en el consultorio vecino a la panadería que la vio nacer. Cuando llegó la enfermedad que sería decisiva, se retiró a la chacra de su abuelo y allí la esperó y aceptó, estoicamente. Ocurrió a los 29 años...

La estampa de Cecilia luce en el Salón de las Mujeres de la Casa Rosada, es reconocida a nivel nacional e internacional. El nombre de Teresa distingue a un Hospital imponente en Paraná, en la Casa Gris colgaron su retrato, la calle en la que vivió lleva su nombre, su casa se considera Patrimonio Histórico.

En la ciudad, ahora florecen plazas blandas para los niños, se proyecta poner en valor antiguos edificios, se anuncian museos, en la antigua aduana –actual sede de la UTN- ya no se verifican impuestos, sino que se forman ingenieros, por la calle Perón, desfilan incesantes caravanas de autos camino a un puente

que cruza el Riacho y conecta con el Río Uruguay, pero frente a la casa de Cecilia Grierson no hay ni siquiera una placa que diga que allí vivió esta gloria argentina. Quizás alguna vez, alguien decida hacer justicia y deje constancia oficial de que, en ese pedacito sureño y concepcionero, en el Puerto Viejo, vivió una grande.

Quizás alguna vez, se reconozca a Teresa Ratto como el ícono de la igualdad de género en la Educación Pública Argentina y alguien registre oficialmente este legado y ratifique otra de las glorias del Heredero de don Justo José .

A Teresa Sabina Ratto, a Betty, que conservó con pasión y divulgó incansablemente los tesoros familiares que ahora custodia el Museo del Colegio, la comunidad la valora: como maestra inolvidable, como animadora en distintos eventos evocativos, como guía incansable de innumerables delegaciones y visitantes y la recuerda hasta conduciendo su impecable Renoleta color lacre... La suya, fue una entrega apasionada, que nos permitió conocer las figuras ejemplares de Cecilia, Zubiaur y de su tía.

Solía decir: «Vivo sola, pero sin soledad». En medio de sus recuerdos, fue feliz. A su manera, con su estilo y por su dedicación, ofició también de saludadora, y vivió en la calle Washington.

Falleció a los 93 años, víctima de la pandemia de Covid, justamente ella, que durante sus primeros años, vivió en la casa de al lado y luego en la tradicional esquina, a la que cuidó como si fuera un templo y en la que se instaló el Primer Vacunatorio Municipal.

Esta historia de sueños y entereza, reivindicación de los derechos de las mujeres, universos paralelos, utopías y paradojas, comenzó a gestarse en el corto trecho de una cuadra y media, y en una calle del Barrio sur de Concepción del Uruguay, de cuyo nombre se acuerdan solo algunos memoriosos...

Actualizarla y enriquecerla con nuevos aportes y señalamientos, nos ha parecido necesario y, por sobre todo, más que saludable. ■

¹ Por su naturaleza, por su paciencia, por su constancia, las mujeres, desde la antigüedad, han sido custodias de ese delicado equilibrio, porque «salud es la condición de todo ser vivo que goza de un absoluto bienestar tanto a nivel físico como a nivel mental y social» (Organización Mundial de la Salud).

² Actual calle Doctora Ratto, entre Artigas y Moreno.

³ Departamento Uruguay, próximo a Villa Mantero.

⁴ Cecilia era hija de la irlandesa Jane Duffy y de John Parish Robertson Grierson, que se estableció en Argentina en 1825, para asentarse en la colonia Santa Catalina, Monte Grande en la primera y única colonia escocesa en Argentina.

⁵ La estancia pasó a manos de sucesivos dueños, entre otros, la familia Pereyra Márquez. Existe una tradición: uno de los dos ombúes fue cortado porque se creía que atraía la luz mala, creencia muy tan común en el espacio mítico entrerriano.

⁶ <https://noticias.entrerios.gov.ar/notas/stratta-pone-en-valor-el-rol-de-las-mujeres-en-la-historia-de-la-provincia.htm>

⁷ Sobrina de Teresa, hija de su hermano Octavino. Fue la custodia de todo lo que perteneció a su tía, hizo donación de lo más significativo al Centro Cultural Urquiza, que se encargó de organizar la Sala Teresa Ratto, en el Museo del Colegio del Uruguay.

⁸ Don Ángel Ratto y Sabina Rebosio, eran genoveses y se instalaron en Concepción del Uruguay hacia 1870, donde formaron una familia con 15 hijos.

⁹ Elida Pazos, que ingresada a la Universidad luego de recibir el título de farmacéutica consiguió cursar hasta el quinto año de medicina. Luego de recurrir a la justicia para lograr su ingreso a la casa de estudios en Ciencias Médicas y llegar casi al final de su carrera, la tuberculosis –por paradoja una enfermedad contra la cual quizá habría luchado– termina prematuramente con su vida. <https://www.magicasruinas.com.ar/revistero/argentina/pioneras-feminismo-argentino.htm>

¹⁰ José Benjamín Zubiaur. Nació en Paraná, Entre Ríos y realizó sus estudios secundarios en el Colegio de Concepción del Uruguay. Fue promotor y primer presidente de la Asociación Educacionista «La Fraternidad». Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires. En 1892 fue nombrado rector del Colegio de Concepción del Uruguay, desempeñándose en esa función hasta 1899. <https://www.agendaescolar.com.ar/2021/09/educadores-argentinos-jose-benjamin-zubiaur/>

¹¹ Durante la intendencia del Sr J.C.Scelzi, se cambió el nombre por el de Doctora Teresa Ratto, por presentación de la concejal María Lena de Flores, recordada docente y vecina de Concepción del Uruguay. Ordenanza N° 2676, promulgada el 26 de diciembre de 1975.

¹² Ré Latorre, Aracely. Presencia femenina en el Histórico: sus primeras alumnas - 1985-99. En página web del Colegio Nacional Justo José de Urquiza. La autora rescata el nombre de otras mujeres alumnas: Concepción Campi, Estela Parodié, Ana Piaggio, María Cassoni, Zulma V. Ferreira, Martina Adela Pelletti y María Taborelli estudian en el Histórico, tienen apellidos italianos. En 1899 se inscribe la primera alumna rusa: María Pattin, que llega desde Colonia Clara.

¹³ El 24 de noviembre de 2020. Sufrió quebradura de cadera, fue intervenida, se repuso, pero se contagió del virus de Covid y murió por neumonía. Un mes antes de que comenzara el operativo de vacunación.

UNA HESPERIDINA CON SODA EN EL VIEJO ALMACÉN BELTRAME

TERCER PREMIO

Guido Emilio Ruberto

(Paraná) Periodista

Como muchos almacenes de campo en Entre Ríos, el establecimiento de don Delio Beltrame, ubicado desde siempre sobre la ruta provincial N° 20 –distrito Lucas Sur del departamento Villaguay–, cerró sus puertas el día en que su propietario falleció, en 2019. La historia del icónico lugar y su dueño, el hombre que durante muchos años lo mantuvo con sus puertas abiertas, pudo ser la de tantos otros boliches de campo, convertidos en taperas y condenados al olvido. Pero la vida, o el destino, le reservaba otra oportunidad al almacén de ramos generales entrerriano.

Aquel viejo almacén

Un cuadro con una gastada fotografía en tono sepia de don David Beltrame, fundador de este almacén rural instalado en Lucas Sur, nos mira desde una pared cuando cruzamos el umbral de la puerta de uno de esos rincones de Entre Ríos que parecen estar en una eterna pausa. Es la primera semana de diciembre de 2009, estamos a 17 kilómetros de Villaguay, a 80 de Federal, y en los campos se cosecha el trigo de una campaña con buenos rindes. El calor es agobiante en este mediodía y el boliche sobre ese ripio mal llamado ruta es el refugio ideal para tomar algo fresco.

El dato del viejo almacén de Lucas Sud o Sur, publicado en el suplemento gráfico «La Hora del Campo» por el colega Miguel Sesa, motivó entonces aquel intervalo para acercarnos al boliche, estacionar a la sombra de un paraíso y tratar de contar su historia.

Detrás del mostrador de madera gastada encontramos a don Delio, que nos saluda con los ojos bien abiertos y mirando con sorpresa el micrófono y la cámara para grabar que llevábamos encima. «El origen de este almacén fue una sociedad de mi padre con un señor de apellido Zaburlín. Y el almacén en Lucas era una sucursal de aquel emprendimiento comercial que tuvo hasta un molino harinero», nos dirá en una espontánea y no pautada entrevista el responsable de seguir administrando el establecimiento familiar a la vera de ese camino, detonado por el tránsito de la maquinaria agrícola, que une pueblos y ciudades del centro entrerriano y, yendo más ha-

cia el sur, recorre algunas de las colonias donde se asentaron «los gauchos judíos», como llamó Alberto Gerchunoff a aquellas primeras familias inmigrantes que encontraron en la provincia su *Tierra Santa*.

Convocado a recordar la buena memoria dice presente en el relato del almacenero. «En 1932 abrió el negocio y aquí se instaló don David Beltrame, mi papá. Estamos hablando de una zona con mucha población, numerosas familias, como la nuestra, que vivían y producían en la zona rural», expresaba entonces Delio.

Nacido y criado en el campo profundo, vivencias y anécdotas propias y de otros brotan iluminando el rostro con una sonrisa, mientras pasa sus manos sobre el lustroso mostrador de madera, espectador de tantos diálogos como copas servidas, en este punto de encuentro de la comunidad a lo largo de muchas décadas de trabajo.

En aquella charla, tan descriptiva como generosa, don Delio no disimulaba la nostalgia de tiempos para él mucho mejores. «La familia de entonces podía vivir con poca tierra, alcanzaba para sostenerse. Hoy eso es imposible y, por eso, despoblamiento» reflexionaba. Y su resistencia era esa, mantener las puertas abiertas del más antiguo de los almacenes de Lucas Sur, peculiar nombre el de este paraje. Sur o Norte, pero siempre Lucas, como le llaman en el pago chico, que es un afluente de la margen izquierda del río Gualeguay, en el distrito Lucas al Norte, una zona del departamento Villaguay que hace referencia –según el historiador Pérez Colman– a Lucas de Torres, conquistador ibérico de visita por estos lares hacia 1659. En tanto que José Cosmelli Ibáñez (nuestra lectura obligada en la secundaria) lo relaciona con Lucas Broin de Osuna, habitante de la zona en el siglo XVIII. Lucas Sud o Sur es el distrito que tiene como datos geográficos relevantes al arroyo Paraíso y a la ruta provincial 20, nos señala el «Índice sintético de la toponimia entrerriana», recopilación indispensable para los curiosos, una obra del historiador Rubén Bourlot y el geólogo Juan Carlos Bertolini.

«Se vivía con dignidad entonces. Por eso había mucha población, pero ese modelo se terminó hace rato» sentenciaba. Los cambios en la producción agrícola, la mecanización que requería cada vez menos manos, épocas de «vacas flacas», la industrialización en los centros urbanos y la demanda laboral, junto con políticas que no fomentaron la permanencia del pequeño chacarero, fueron provocando la migración rural hacia las ciudades. Al cóctel le podríamos sumar la destrucción del sistema ferroviario –desde la presidencia de Frondizi y hasta el remate final en tiempos de Menem– que dejaron muchos pueblos fantasmas en Entre Ríos. En ese «modelo», los *Ramos Generales*, como el de Beltrame, no cerraron solo por la voluntad de permanecer.

Aquella entrevista tuvo la única compañía de Lalo Redruello, un paisano que llegó en bicicleta para su ritual cotidiano. Con unas alpargatas un tanto bigotudas, bombacha, camisa y boina bien calzada, el hombre pide tabaco, saca papel (o seda) para armar un cigarrillo y comienza el solemne disfrute de la pitanza, inundando el salón con un aroma especial, una mezcla de anís y canela aún inolvidable.

Compartimos aquel momento de sosiego del peón de campo, que acompañó con un vaso de vino tinto servido sin preguntar por don Delio, mientras la conversación con el bolichero fluía como el agua del cercano río Gualeguay: «La yerba venía en cilindros de 25 kilos y por supuesto, se vendía suelto, al igual que el azúcar; el fideo en cajas de madera de 10 kilos, harinas en bolsa...la mayoría se vendía de a uno o dos kilos. La gente llegaba con su bolsita y llevaba la mercadería» nos ilustraba, señalando las cajoneras que alguna vez rebozaron de alimentos.

Aunque no está en una esquina el boliche es una construcción en ochava, sí un poco metido en el terreno, pero bien visible desde el camino. Los ladrillos gastados por las estaciones del tiempo, preservaban una fachada original. Un cartel herrumbrado sobre la puerta, donde apenas se leía «Coca Cola», dejaba un lugar para indicar que era el «Almacén. Ramos Generales. Delio Beltrame».



En su interior, piso de cemento muy gastado y el imponente mostrador que es una suerte de altar para la feligresía. Una balanza de bronce notable, de dos platos y en perfecto estado, al igual que una «Bianchi», más nueva y de un plato, como para certificar el peso exacto. En las estanterías, que cubrían las altas paredes, se observaban aperitivos, vinos, ginebra, whisky, junto a los paquetes de harina, fideos, arroz y algunas cajas de Quaker y Vitina, además de los clásicos frascos para guardar caramelos. Bien surtido.

La razón social del almacén de ramos generales aún se exhibía en los elementos para empilchar el caballo: bastos, cojinillos, bozales, cabestro, pretal, estribo, lazos lucían en un sector, en tanto que baldes y regaderas de zinc reluciente esperaban por el cliente allá en lo más alto de las estanterías.

Mirábamos y nos preguntábamos quién compraría esas cosas, y don Delio nos daba la respuesta: «Están ahí, pero la gente se va a las localidades más grandes y se abastece en los supermercados, no podemos competir con eso, hasta tuvimos que dejar algunos rubros porque ya no convienen», apuntaba.

Con una jubilación y un campo que le producía otros ingresos, el hombre mantenía las puertas abiertas del establecimiento por razones que imaginamos en el corazón y por el amor por cada parte de ese pequeño mundo llamado Lucas Sur.

La parada «técnica» y la nota para televisión estaban hechas. Teníamos que volver a la trilla, una jornada a campo organizada por un semillero a pocos kilómetros, aunque daban más ganas de seguir escuchando al veterano almacenero, y disfrutar del ambiente fresco dentro del almacén. Apuramos una Hesperidina cortada con soda que había sellado aquel encuentro. «Por favor, la casa invita» expresó firme don Delio ante la voluntad de pagar, extendiendo con la mirada el beneficio del convite a Lalo, el peón rural, que inclinó su cabeza agradecido por *ligar de rebote*.

¿Cómo seguirá la historia?

«Mis hijos están en otras actividades, así que no hay continuadores para estar acá. Me imagino que cuando no pueda andar más, la historia se termina», aseguró entonces, casi en un murmullo. El brindis y el deseo de una próxima visita que nunca se repitió cerraron aquel momento que hoy recordamos.

Utilizando la parábola que el mismo don Delio nos había expresado, en 2019 nadie quedó detrás del mostrador en Lucas Sur. El viejo almacén, fundado por Zaburlín y Beltrame, abierto durante casi 90 años, testigo de tantos encuentros del criollo y del gringo inmigrante, de copas y trucos, de charlas y reuniones, de la visita cotidiana de Lalo, el peón rural que armaba su cigarrillo y disfrutaba fumando en silencio cada mediodía, «ya no pudo andar más», y siguiendo el derrotero de tantos otros, cerró sus puertas.

El tiempo siguió andando y las recorridas por la ruta 20, a 17 kilómetros de Villaguay, nos mostraban la persiana metálica siempre baja del antiguo boliche de los Beltrame. En una de esas ocasiones nos detuvimos junto al paraíso para recordar aquella visita. Era agosto y la baja temperatura se sentía con particular intensidad junto al almacén. Una ventana abierta nos permitía la mirada indiscreta para descubrir que todo permanecía igual: el mostrador, las estanterías con algunas regaderas, fuentones y baldes de zinc, la balanza de dos platos. Es cierto, el polvo y la quietud lo envolvían todo, y la ausencia de

la figura afable de don Delio recibiéndonos más de una década atrás, hacia muy incómodo el frío invernal.

Un año después de aquella última pasada por Lucas Sur la información de una inminente reapertura del almacén se posteo en redes sociales. Insignificante noticia para cualquiera, hecho relevante en los pagos donde el boliche fue el principal punto de encuentro para la familia rural. Derlis, hijo de don Delio, tomaba la posta y asumía el desafío de reabrir el lugar, y nos obligaba a recorrer una vez más el camino esquivando pozos, y detenernos bajo el árbol de paraíso.

Tercera generación de los Beltrame, productor agropecuario y viviendo en Villaguay, heredó una parte del campo junto con el almacén. Derlis, que de chico jugaba a las escondidas detrás del mostrador fundado por su abuelo David y continuado por su padre Delio, levantó las persianas metálicas sin buscar un rédito económico. «Hubo un tiempo para restaurarlo, pero todo está tal cual lo dejó mi papá. A él lo ponía muy triste que se cerrara, por eso estoy seguro que se sentiría feliz por esto. Y en lo personal me da mucha alegría, el almacén está de nuevo con sus puertas abiertas», sintetiza emocionado.

Dedicado a pleno a las actividades rurales y con poco tiempo, encontró en Jorge y Noelia Garay las personas para llevar adelante el desafío junto con el legado de la familia. «Estamos de lunes a sábados, y ofrecemos de todo un poco. Se puede picar salame, queso, mortadela, pero también hay pizzas y empanadas» nos cuenta Noelia con orgullo, agregando que dejó Villaguay, donde vivía, «para instalarnos acá, donde estamos muy bien, además brindo servicios de peluquería, como anexo del almacén», agrega con sano orgullo.

Para los que conocimos el boliche algunas cosas cambiaron, pero no la esencia, que está en cada pared, en el techo sostenido por tirantes de pinotea, en el piso de cemento que alguna vez fue color bordó, gastado de tantas pisadas. Ahora hay cuadros que reflejan la historia del almacén, luces que resaltan viejas fotografías de los Beltrame y algunas libretas donde quedaron registradas para siempre aquellas ventas que se pagaban de vez en cuando, como las copas de vino tinto de Lalo, el peón rural que disfrutaba mientras fumaba un *armado*.

Estamos en medio de los campos de Lucas Sur o Sud, como le guste, a donde hay que llegar por la ruta 20, que ahora está en proceso de pavimentación, pero sigue siendo en gran parte un ripio maltrecho. Allí, a la derecha viniendo desde Villaguay, está el «Centenario Almacén de Campo Beltrame» como indica el nuevo letrero. Abierto desde el corazón, es un buen lugar para perderse de la rutina, compartir una copa, una picada –las empanadas de carne dulce son excelentes– y celebrar que la historia del boliche más antiguo de la comarca está de regreso. Para nosotros una Hesperidina con soda, por favor. ■

LA CIUDAD DE LOS IMPUROS

Los enfermos de lepra llevarán la ropa desgarrada y andarán despeinados, y mientras dure su enfermedad serán considerados gente impura. Además, se cubrirán la mitad del rostro e irán gritando: «¡Soy impuro! ¡Soy impuro!» Por ser impuros, vivirán apartados y su morada estará fuera del campamento

Levítico 13, 45

Un hombre avanza por el camino. Desde lejos es una silueta difusa. Ropaje gris y deshilachado, caminar vacilante y el tintineo persistente de una campanilla que anuncia su paso para que los demás se retiren, se alejen del contagio.

Es una imagen del medioevo, cuando la lepra asolaba Europa. Según estimaciones, una de cada 30 personas se contagiaba del mal que provocaba tanto horror como repulsión.

Quinientos años después, ya en el siglo XX, el miedo no había mermado y el denominado Mal de Hansen, en referencia al médico que descubrió la bacteria que lleva a la lepra, seguía siendo la enfermedad bíblica que no solo corroía los miembros, borrabas las caras, mutilaba los dedos y manos, sino que también condenaba al infectado a una vida extramuros, a olvidar a los suyos y a la civilización.

A tierras americanas, la enfermedad llegó portada por los colonizadores europeos y los esclavos africanos, ya que en el continente no se conocía esa maldición.

Endemia

En la Argentina, el Mal de Hansen se asentó de forma endémica principalmente en las provincias del noroeste y nordeste, Entre Ríos incluida entre ellas. No había más que distanciamiento como terapia y la salud pública no brindaba demasiadas respuestas a esa enfermedad. Hasta que en 1926 se sancionó la ley de profilaxis de la lepra, conocida como Ley Aberastury, que establecía el aislamiento hospitalario obligatorio y la prohibición de casamiento para los enfermos. Si el paciente se negaba a dejar su familia y su vida para trasladarse a otro ámbito, debía intervenir la policía para llevarlo por la fuerza.

Claro, la obligatoriedad de aislar a una persona inmediatamente después de que se le diagnosticara lepra implicaba la necesidad de crear hospitales que pudieran recibirlos. Y no podía ser cualquier tipo de hospitales ya que los pacientes residirían ahí muchos años o el resto de sus vidas, en algunos casos.

MENCIÓN

Fabián Gustavo Reato

(Paraná) Periodista y escritor

Poco después el Gobierno Nacional dispuso la construcción de cinco hospitales-leprosarios en el país, calificados como sanatorios-colonias de tipo agrícola-ganaderos y que, como característica, debían ser «extraurbanos», es decir, no debían estar «ni dentro, ni demasiado lejos del perímetro de las ciudades» para poder garantizar el abastecimiento de víveres, provisiones y asistencia médica. Los nuevos establecimientos se iban a ubicar en Misiones, Córdoba, Chaco, Buenos Aires y Entre Ríos. En nuestra provincia, el Sanatorio Enrique Fidanza (al nombre se lo debe a un médico especialista en lepra que falleció en Rosario en 1940) se inauguró en Colonia Ensayo (Departamento Diamante) el 28 de marzo de 1948.

A la par de que en la década del 80 se comenzaron a utilizar terapias multidrogas de gran efectividad que evitaron el progreso de la lepra y sus consecuencias, el Hospital Fidanza se fue reconvirtiendo. Ya no era necesaria su función de aislamiento y las inmensas instalaciones pasaron a recibir a personas mayores y a funcionar como un hospital geriátrico modelo en el país. El antiguo leprosario es hoy un importante centro de atención y residencia para adultos mayores.

Reconvertido

Desde Paraná, al viajar por la Ruta 11 se puede ver un notable desarrollo inmobiliario. Hay loteos y construcciones de todo tipo que se derivan en urbanizaciones vinculadas a las colonias, a Diamante y a la capital provincial. Para llegar al Fidanza, a los 20 kilómetros hay que desviarse un poco de la ruta e internarse en un acceso arbolado y prolijo. Es llamativo que, a pesar de la explosión inmobiliaria de la zona, al abandonar la ruta ya no se aprecian construcciones en marcha ni emprendimientos inmobiliarios, ni carteles ofreciendo lotes con todos los servicios.

Al traspasar un túnel verde de ramas y follajes, se divisan las construcciones blancas, los techos de tejas, las edificaciones típicas de hospitales y escuelas de la mitad del siglo pasado. De algún modo recuerda a la Escuela Hogar Eva Perón, de Paraná.

«Es un lugar hermoso, a 5 kilómetros del río, lleno de árboles y naturaleza. Y uno de los hospitales

geriátricos más importante del país», cuenta Mariano Neme, director del Fidanza.

Los árboles y el verde son las constantes en esas calles, por lo que redunda el chillido de los horneros o el alboroto de las calandrias. Una brisa fresca persiste y anuncia al Paraná que corre por ahí cerca. Después, todo es campo y lomadas, el típico vergel entrerriano.

Hay algunos hombres y mujeres bajo las galerías, contemplando tranquilos la mañana, o caminando despacio, apoyados en andadores. El tiempo no se precipita, sino que juega que avanza y luego retrocede o se detiene en algún recuerdo.

El Hospital Dr. Enrique Fidanza tiene actualmente una población de alrededor de 80 pacientes entre ancianos y jóvenes con discapacidad. Además, cuenta con consultorios externos para la gente de la zona de todo tipo de especialidades.

La institución ocupa 96 hectáreas y el casco del hospital un predio de nueve, donde hay salas de internación, talleres, oficinas administrativas, cocina, lavaderos, una escuela y una iglesia. Los actuales residentes son mayores de 65 años, autoválidos, pero que no tienen un hogar ni familiares que puedan hacerse cargo de ellos.

Neme cuenta que allí trabajan 198 empleados entre personal de enfermería y médicos, de maestranza, trabajadores sociales, educadores y terapeutas ocupacionales que intentan mejorar la calidad de vida de los internos.

Pero en el geriátrico reconvertido, que afortunadamente aún conserva el nombre que ostentaba cuando era leprosario, todavía se ven intactas las estructuras del pasado.

Están las 16 casas que funcionaban como viviendas de algunos enfermos de lepra que vivían en pareja o en grupo familiar, la capilla, los pabellones, los lavaderos. También, están los dos crematorios donde se desechaba el material que se usaba en el tratamiento de los pacientes. Y un cementerio abandonado, donde descansan los restos de aquellos que murieron en el encierro.

«El Hospital Fidanza conservó su identidad. Tiene sentido de referencia, crece. Hay que gestionar mucho, pero en los últimos años se han hecho nuevas salas, nuevos consultorios, se ha ampliado la cocina», pondera Neme.

De aquel tiempo ligado a la lepra permanecen dos pacientes, de más de 80 años, que a partir de que fueron aislados a causa de la enfermedad perdieron todo contacto con el mundo y solo les queda el hospital que fue su único hogar durante años. También, algunos trabajadores del geriátrico son descendientes, hijos o nietos, de internos que formaron familia en la zona.

Ante la consulta de si todavía afecta a la institución algo de aquellos prejuicios que condenaban a los enfermos de lepra, el director del Fidanza vacila un poco pero luego contesta: «Algunos quedan».

Resistencias

Debieron pasar más de 20 años desde la sanción de la Ley Aberastury hasta la inauguración de los cinco leprosarios. Es que la idea de la instalación de un sanatorio para leprosos provocaba rechazos de todo tipo y no era fácil conseguir terrenos donde construirlos. Se habla de la resistencia de políticos que temían la rebelión de sus votantes, o de los propietarios de campos linderos que verían afectados los valores de sus propiedades. Finalmente, durante la gestión del ministro de Salud de la Nación Ramón Carrillo se llevó a adelante la construcción de los cinco sanatorios, a pesar de todo.

En Entre Ríos, el lugar elegido fue una colonia de inmigrantes italianos y alemanes del Volga que debe su nombre a que, por allí, a principios del siglo XX, el Ejército Argentino usaba las barrancas para ensayar los tiros de cañón. Desde entonces, la identidad del Fidanza y la de Colonia Ensayo es solo una.

En 1937 se comenzó con el envío de materiales con el objetivo de empezar la construcción del hospital. Por 1939 llegaron los dos primeros pacientes a quienes se los destinó a una pequeña casa de aislamiento de la zona, ya que el hospital recién estuvo terminado en 1948. Una comunidad de monjas francesas se instaló allí para vivir de forma permanente y atender a los enfermos.

Más adelante, llegó a haber alrededor de un centenar de internos de toda la región, que vivían en una especie de ciudad. En efecto, el Fidanza contaba, además de todas las dependencias propias de un

hospital, con una capilla, una comisaría, escuela, herrería, carpintería, calles internas, viviendas particulares. Los internos trabajaban en el campo o en los talleres, producían para el consumo propio y también externo. Las ganancias se iban depositando en cuentas para que los pacientes pudieran hacer uso de ese dinero cuando eran externados.

Una pequeña ciudad autónoma, cerrada, aislada del resto de la sociedad. Los miedos y prejuicios atávicos levantaban muros infranqueables. Aunque, vale la aclaración, los muros no eran solo simbólicos: una pared delimitaba la ciudadela, separaba a los enfermos del resto. Solo lo traspasaba el personal médico y sanitario y las monjas que vivían allí. Todavía quedan restos de esos muros.

Vínculos

Pero los vínculos entre Colonia Ensayo y el Hospital Fidanza siempre fueron estrechos y se confundían. Al menos así lo afirma Manuel Castro, secretario de esa comuna y un constante investigador sobre su historia y la del sanatorio.

«Inmediatamente se crearon lazos entre el hospital y Colonia Ensayo. Tanto los trabajadores como los productores de la zona apoyaron fuertemente su creación. Mientras en otros lugares la palabra lepra o leproso era esquiva, aquí se dio una convivencia de tipo social», asegura Castro.

Es más: como ejemplo señala que la capilla que existe dentro del Fidanza es y fue la única iglesia de la colonia y adonde todavía asisten los feligreses de la zona.

«Para ir a misa, la gente de la colonia debía ir al leproso, más allá de las características propias de cómo funcionaba con respecto a los internos. Había una escuela, una comisaría, todo dentro del hospital antes que en la comunidad. El Estado tenía una presencia dentro del Fidanza que no tenía en Colonia Ensayo», destaca.

Asimismo, Castro afirma que nunca escuchó entre los vecinos de la zona algún comentario negativo sobre la institución, además de ratificar que jamás ocurrió algún tipo de contagio con los pobladores.

Castro recuerda a un personaje muy popular en la zona: «Era un paciente del hospital. Había perdido

sus miembros por la enfermedad y se movía en una bicicleta que era como una silla de ruedas a la que daba impulso con sus muñones. Esa persona venía hasta el pueblo, se relacionaba con la comunidad sin ningún tipo de problema».

Mojón de la memoria

Actualmente, la lepra es controlable. Hoy se sabe que es casi imposible que un enfermo en tratamiento contagie y además se comprobó que no todas las personas son susceptibles de contraer la enfermedad. El contagio se da por contactos estrechos y muy prolongados. Según el Ministerio de Salud de la Nación, el 80 % de la población posee defensas naturales contra la lepra y solo la mitad de los enfermos no tratados pueden llegar a contagiar la enfermedad. Pero la realidad es también que la lepra no ha sido totalmente erradicada de la Argentina ya que se registran anualmente alrededor de 300 nuevos casos. Claro está que ya no se producen aislamientos forzosos ni existen los leprosarios.

Sin embargo, no han sido erradicados algunos prejuicios, miedos y discriminaciones que se extienden a otros ámbitos. Seguramente, otros serán los leproso en estos días.

El Hospital Fidanza hoy cumple una función social importantísima recibiendo a adultos mayores en situación de desamparo, pero también es un mojón en la memoria, un recuerdo de los miles de hombres y mujeres impuros que terminaron sus vidas lejos de sus familias y seres queridos, aislados de una sociedad que no podía curarlos ni integrarlos. ■



MI MAESTRO

INCLUSIÓN

Evitar semáforos, muchas veces, se convierte en un desafío en el que pierdo tiempo. Saliéndome de las arterias principales tomo calles que desconozco y, de repente, me encuentro perdida en medio de mi ciudad.

Ayer terminé atravesando el Barrio 101 viviendas, entre Newbery y Garrigó y, no puedo dejar de pensar que, en este mundo, nada es casualidad.

Miré el poste que indica el nombre de las calles y cuando leí, comencé a reír. Detuve el auto, me bajé y, desentendiéndome de todo, avancé con mi cuerpo estremecido en la necesidad de hacer, de ese momento, un acontecimiento especial.

Allí estaba su nombre sintetizando mis sueños y mi accionar.

Sin reparar en las posibles miradas que me rodeaban exclamé:

—¡Sos lo más!

Calle Cachito Avellaneda leí en voz alta y escuché, en el tono de mi voz, la reverencia que exige un abanderado de inclusión.

Con el cuerpo temblando me entregué a mis pensamientos que comenzaron a revivir años, desde mi juventud, hasta hoy.

Pude sentir como las emociones reivindicaban en cada recuerdo, personas y situaciones que han sido y son, cimientos de estos nuevos paradigmas.

Tomando conciencia de lo vivido comencé a sentir que me he vuelto historia y, abrazando lo andado, me atravesó la urgente necesidad de plasmar en palabras el reconocimiento a los habitantes de mi querida Paraná que, desde hace años, trabajan alojando la diversidad.

Matías Victorio se llamaba. Era muy alto y caminaba un poco encorvado hacia adelante. Me llevaba unos años. Cuando comencé a ser su maestra de música yo tenía apenas 19, pero él no era un desconocido para mí, porque nos encontrábamos seguido caminando nuestra ciudad.

Murió joven, como decimos los que ahora atravesamos los 60. Partió en abril de 2017, a los 61 años, el 25, justo el día del cumpleaños de mi papá. Otra coincidencia, o tal vez no, porque fue de la mano de mi viejo que aprendí a respetarlo.

Para mi papá era el hijo de su compañero de traba-

jo, un hijo como nosotros que le pedía ayuda en el cruce del Rowing y al que, haciéndose eco de sus señales, subía al auto para llevarlo hasta su casa sosteniendo conversaciones que le daban prioridad.

Siempre me llamó nena y aún conservo en mi memoria el eco de su voz.

Paraná fue su cuna y en ella creció. Amante de la música, hijo de un deportista que llegó a Los Pumas y sembró en sus hijos, junto a su extraordinaria esposa, la seguridad que le permitió habitar su ciudad con la certeza de ser uno más.

Creció rodeado de amor, quizás su pronta partida se debió a que, aún sin saberlo, no pudo soportar perder a su Luci, la hermana que cubrió con dedicación los espacios que dejaron sus padres.

Cada desfile o procesión lo convocaba. Marcando el paso avanzaba concentrado, con el perfecto ritmo que lo caracterizaba.

Tocaba la flauta y me gusta imaginar que, a través de sus sonidos y ritmos, fue gestando esa sinfonía propia que lo volvía parte y nos lleva, a muchos, a extrañarlo hasta el día de hoy.

Su andar era pausado. Con las manos cruzadas atrás solía pararse en las esquinas a la espera de algún auto que, haciendo sonar la bocina con aquel conocido *ta tata ta ta*, lo hacía reír para, lanzando un grito levantar la mano a modo de saludo y, responder:

—Ta tá.

Era común encontrarlo en El Flamingo o en la Estación de Alsina y Carbó tomando un café y mirando el diario.

También iba a los Bancos y se sentaba a la espera de ser atendido

Amaba ser reconocido. Recuerdo cuando escuchábamos juntos su canción, esa que Julio Federik escribió, reconociéndolo como parte de la mirada de los hijos destacados que le dieron un color particular a nuestra Paraná, y que Juan Pablo Carrivali cantó con tanto sentir.

La reconocía apenas sonaban los primeros compases, ponía la mano en el pecho y se señalaba. Era suya, hablaba de él y sé que, en cada palabra, podía reconocer cuanto lo amábamos.

La vida nos fue uniendo. Cuando nos encontrábamos todo se volvía música y siempre sosteníamos

MENTIÓN

Laura Mónica Cis (Paraná) Maestra Especial de Música

un rito. Debíamos escuchar a la «jaban», palabra que me costó entender hasta que, ensayando melodías y moviendo los brazos, marcó compases para hacerme comprender que se trataba de la Jazz Band.

Serenata a la Luz de la Luna de Glen Miller era su elegida para pasar luego a las marchas argentinas que nunca podían faltar.

Nuestras clases eran sublimes, improvisábamos, cantábamos y nos reíamos y siempre estaban presentes sus elegidas: su flauta, la marcha Alas Argentinas y la «Jaban».

Para todos era «Cachito» y vaya si nos marcó.

Era un simple ciudadano y, tal vez esto nos lleve a preguntarnos por qué hablar de él. Pues, solo para que perdure en el recuerdo y podamos entender que, los discursos suenan lindos, pero los sueños, se cumplen en el hacer.

Sigo mirando el nombre en lo alto de un poste e imagino que, reivindicando su simpleza, valoramos a cada ciudadano, alzando la voz, perpetuando en nuestra historia el respeto como esencia de nuestra identidad.

Matías Victorio Avellaneda abrió camino a sus sueños gracias a su familia que, más allá de todo error y miedo, confió en él. Una mamá, un papá y una hermana que lo dejaron ser el adulto con mente de niño que era, permitiéndole caminar las calles, crear sus espacios, correr riesgos, explorar sus recursos y enfrentar, amores y odios, rechazos y aceptación, y una ciudad que supo cuidarlo respetando su lugar. Su papá fue uno de los primeros paracaidistas y marcó en él la pasión por la Fuerza Aérea.

Uno de sus deseos era ser parte de la Fuerza Aérea Argentina y lo logró. En octubre de 2012, en la II Brigada Aérea de Paraná, colocaron un distintivo de la fuerza en su pecho y le brindaron un homenaje declarándolo huésped de honor.

Las tropas desfilaron ante él y luego la banda tocó. Lo vi altivo, con la gorra blanca que le regalaron luciendo su orgullo sin poder evitar, de a ratos, secar sus lágrimas que brotaban por la emoción.

Nunca abandonaba. Siempre estuvo presente hasta aquel triste momento en que la enfermedad lo venció.

Recuerdo que un día Lucia me llamó. La gala de la Fuerza Aérea era en el Teatro 3 de Febrero y él sabía que debía estar.

No dudé en acompañarlo, disfrutando de su compañía marché, dejamos el auto en la cochera y luciendo su billetera pagó.

La primera fila no le bastó, dejándome sola se fue al palco a la derecha y, desde allí con su mirada cómplice, me hizo parte de cada canción.

La sonrisa en la cara y el disfrute en cada acorde fueron su dicha hasta que escuchó los inicios de su amada canción. Me sonrió, me señaló el escenario y, con un giro de cabeza, lo habilité.

Por atrás ingresó al escenario parándose junto al director que, en un gesto de respeto, le entregó la batuta.

Cachito dirigió la Banda de la II Brigada Aérea y luego, girando hacia el público, bebió todos los aplausos.

Lo recuerdo sacando el pañuelo del bolsillo de atrás de su pantalón para secar sus lágrimas e ir alternando esto con su gesto de levantar las manos, ante un público que, poniéndose en pie, lo aplaudió.

Así de simple quiero que sea mi crónica, simple como esta ciudad que luce sus barrancas acunando el silencio del río que, custodiado por todos los verdes, dibuja el maravilloso paisaje que lleva en sus entrañas la diversidad de todos los verdes.

Escribo en un hoy que levanta banderas y luce hermosos logros para invitarnos a aprender de la historia y así crecer en una convivencia plena, sustentada en la aceptación y el respeto.

Cachito es nuestra historia y debemos seguir creciendo.

Todos tenemos la capacidad y los derechos de habitar esta hermosa provincia para, siendo parte, construir nuestra sociedad.

Escribo porque busco aprender cada día. Quizás lo de evitar semáforos sea, una artimaña que usa la niña que conservo, para aventurarme y romper con la rutina.

Hoy mi pasado me esperó en este poste del barrio Vicoer II y me llevó a honrar a mi amigo para pensar que, hay otros Cachito mereciendo nuestra atención.

En abril de 2017, Matías Victorio Avellaneda murió. Vivió 61 años en medio de una sociedad que lo diagnosticó como oligofrénico y, muchas veces sin saberlo, trazó esbozos de nuevos paradigmas acompañándolo.

Sé que fue pionero y creó en esta Paraná que empezaba a dar sus primeros pasos en el respeto a la diversidad.

Muchos de los que me leerán no lo conocieron por eso necesito plasmar en palabras sus andadas que fueron la semilla que sigue geminando en esta tierra entrerriana que, con errores y aciertos, ensaya pasos de inclusión.

Cachito sigue convocando junto al eco ya casi imperceptible de su *ta tata ta ta*. El camino que marcó por momentos es tortuoso, pero los avances hablan, y dicen que poquito a poco se puede más.

Sabemos que a pesar de su sonrisa nunca fue fácil para él, para sus hermanos, su mamá y su papá, como tampoco lo es, para los que hoy transitan su sendero y buscan equidad.

Miro el poste y en cada remembranza deseo gritar fuerte a todos para que logremos confrontarnos y, encontrándonos con nuestras creencias, estiremos las manos creando una cadena de respeto que deje de lado el individualismo y la mezquindad.

Matías Victorio, nombre imponente y, Cachito, simplicidad, dualidad de un paranaense que hoy nombra una calle y a los entrados en años nos trae recuerdos de bondad.

Aunque ya no está, lo imagino con sus manos cruzadas en la espada, avanzando, a paso lento con su cabeza medio gacha, lanzando sus sonidos y, es por eso que, necesito honrar lo que nos enseñó.

Cachito fue, para muchos, maestro de inclusión. Hagamos que su voz se aúne a otros que hoy convocan y, dando voces, creemos una ola al unísono donde no se reconozca, quien dice *ta tata ta ta* y, quien responde *TA TÁ*. ■



OTRO TRANVÍA LLAMADO DESEO

Laly Mainardi y la fundación de la sastrería municipal de Paraná

MENTIÓN

Belén Zavallo (Paraná) Escritora, docente y tallerista

*

Primer vagón: la sagrada familia

¿Somos de donde nacemos o somos de donde hacemos nuestra historia? La vida de Lali llega a Paraná a los seis años, viene de la mano de sus padres, ignora que su madre pronto le anunciará que va a tener un hermanito, cuando lo sepa la noticia la atravesará como un rayo. A su maestra de primer grado, Nela Rosomando, en la Escuela Sarmiento de calle La Paz le dirá que está enojada, que no quiere dejar de ser hija única, nieta única, sobrina única. La escuela es nueva para ella, la ciudad dejó de ser ese pueblo con casona amplia en Las Rosas, provincia de Santa Fe. Allí, Lali jugaba con su abuela Lucía, sus tíos solteros que la cuidaban y llevaban a hacer travesías: «cuando llovía juntábamos ranacuajos de las cubetas». En esas calles de tierra, recuerda que vendían panes en carros, que ellos, los niños de su época eran otros bichos sobre el mundo, con antenas extendidas a los movimientos, un diálogo desde la infancia es una primera forma de abrir los ojos para siempre.

*

Las tías mujeres tenían una tarea específica: dedicarse a las labores domésticas. Así fue como la niña Gladys Virginia Mainardi entró con sus ojos claros de almendras en el ojal, enhebró su mirada con hilo de acero y ahí quedó atrapada en la costura, en las figuras que formaban esos bordados que volverían en su vida años después, en su etapa de mujer.

«Jugaba a hacerle bordados a la única muñeca que tenía, se llamaba Pepona, la vestía con los retazos que encontraba. De esa muñeca quedaron las hilachas, porque la usé tanto que se desarmó».

*

A Paraná la trajo el trabajo de su padre, cuando lo trasladaron al Banco Nación de la capital provincial. Su padre un hombre recto, alto como los cedros, de ojos azules que ningún hijo heredó, un padre en quien confiar, pero no con quien dialogar. La espalda segura sobre sus rodillas, el silencio como forma de conocer el amor. «Era más fácil con mamá», siempre

la lengua materna volviendo el caudal de las palabras como un río interminable que se hace lecho en cada paladar. «Tengo el rostro de mi madre y su voz, no es fácil escucharme sin ella, con ella ya muerta y con ella viva en mi cuerpo».

*

Segundo vagón: Los trabajos y los días

Es 4 de julio de 1980, cuando vuelva la democracia nacerá su primer hijo Federico, en 1985 el segundo y en 1992 nacerá el tercer hijo varón. Laly está casada y dedica sus días y noches a la maternidad, pero quiere mejorar las cortinas de la casa: vuelve a la Singer y el traqueteo de los pies. Sin darse cuenta encuentra otra causa de su alegría: diseña sombreros, tocados, ramos, vestidos de fiesta. Su hijo Federico estudia comedia musical con Fabio Vides y tiene una muestra, ella le hace un chaleco. A la salida del teatro, felicitan al niño por su actuación y consultan quién le hizo el atuendo, Laly sonríe. Ese esguince en su historia íntima con un espacio que le pertenecía solo a su cuerpo, a sus ojos sobre las telas, a sus manos afilando el cruce de la aguja encuentra una veta pública. Trabajaré para vestir cabezas, mujeres, manos con guantes hasta los codos. Bordados infinitos la esperan como estrellas.

*

Vagón tres: Aida

El 14 de noviembre de 2004 se realiza en Paraná la ópera Aida, en un programa que cultura nacional impulsaba para las provincias, se elige la capital de Entre Ríos. Hubo un cupo para una capacitación de trabajo con vestuaristas y el equipo de Fundamus selecciona un equipo para realizar el vestuario de la obra. En esa instancia proponen a Laly para formar parte entre los elegidos. «Ahí aprendí a fabricar sandalias, pelucas, todo lo referido al vestuario». Mainardi que bordaba desde hacía muchos años, desde que vio a su tía, desde que su muñeca tenía un cuerpo a la espera de su abrigo vislumbró un nuevo futuro, algo más amplio para hacer con sus manos. En la obra trabajaron 300 artistas en el escenario y eran de toda la provincia. La ópera funcionaría luego

en su vida como la música de fondo que crece detrás de los sueños.

Vagón cuatro: El Juanele

El actor, arquitecto y gestor cultural Gerardo Dayub estaba al frente de la gestión municipal de cultura durante el 2005, el intendente era entonces Julio Solanas, en ese año Gerardo convoca a Laly Mainardi para que forme parte del centro cultural Juan L. Ortiz. Laly acepta encantada la invitación. Junto a ella se funda la sastrería teatral municipal. Dirá Gerardo Dayub: «la sastrería teatral de la ciudad de Paraná es Laly, ella organiza la función de ese ropero enorme que inauguró hace tantos años y que aún sostiene. Fue ella quien consiguió la ropa, organizó el manejo desde cero, con poco y nada. Fue muy autónoma, lo generó a todo sola, nosotros dispusimos del espacio, pero si tuviese que usar una figura comparativa diría que nosotros lo parimos y ella se hizo cargo de la crianza. Fue la madre generadora de la sastrería. Además, acercó un espacio que podría haber sido más exclusivo y reservado al ámbito teatral a toda la comunidad. Siempre estuvo: dispuso de tiempo ilimitado, creatividad y ánimo para la sastrería. Nos enseñó a todos con bonhomía».

Respecto al lugar Laly dice que «eligieron el espacio de los vagones y eso produce asombro en quienes visitan el espacio, nadie imagina que, dentro de estos galpones, que actualmente están reconstruyendo y poniendo en valor, se encuentre tanta magia».

Habla de ropa, pero también del trabajo detrás de las prendas, de los lugares que esos atuendos ocuparon, cuáles los cuerpos, las caras, los parlamentos, cuáles los directores, las obras, los aplausos, los detalles que no pasan desapercibidos si sabemos atender a lo nimio que constituya la historia cultural del teatro en Entre Ríos, no solo de la ciudad de Paraná.

Oscar Lesa recuerda la iniciación de la sastrería en 2005 «prácticamente pelada» y que en la actualidad tiene más de tres mil prendas, más de doscientos pares de zapatos, más de doscientas carteras, tiene vestuarios históricos. Los trajes pueden prestarse a través de un trámite sencillo y gratuitamente, con la condición de devolverlos en mismas condiciones



de cuidado. En el presente la sastrería trabaja con el Museo Histórico, con el museo Eva Perón, con el Museo de la Ciudad, con escuelas y jardines maternos, con ballet y escuelas de teatro, con las muestras del Profesorado de Teatro de la UADER. En el 2008, en el plan de coproducciones federales del Teatro Nacional Cervantes, Lesa refiere que trabaja con Mainardi en *El organito* y *He visto a Dios*. Y con *Metamorfosis* en las giras federales. «Ella era una de las poquísimas personas capacitadas para organizar el vestuario teatral en la provincia».

Vagón cinco: el despiste

«Empecé a ver doble las imágenes, después llegó mi hijo que me acompañó a la guardia y de ahí en más no recuerdo».

Laly se refiere al ACV que sufre a dos años de empezar a trabajar en la sastrería del teatro municipal, Laly es la sastrería misma, quien dirige, ve más allá que prendas y hace aparecer un paisaje como de marionetas. Cuando enferma tiene que volver a aprender a hablar, a caminar, a escribir. No olvida cómo se cose, «tengo la motricidad fina» dice, y apunta las manos como si se tratase de afinar una mira. Ve los puntos donde los hilos pasan a ser tela. A los tres meses del ACV vuelve a su oficio.

«Me olvido que no camino hace tres años mientras trabajo».

¿Cómo se olvida el cuerpo de su peso? ¿Cómo un sueño puede despararramar los propios huesos, hacerlos astillas, dejarlos sin dolor?

Las manos de Laly tienen la danza de otras manos que la precedieron, las uñas cortitas para que no estorben y la alianza de su abuela del año 1917: «la conservo para sentirme cerca, para homenajearla y para recordar quién soy». Con respecto a la religión, Laly se encomienda a Dios, pero también los actores y actrices que conoció por su trabajo le acercaron conceptos budistas y busca a su forma de hilvanar la paz para sobrellevar los días que se hacen cuesta arriba: «Fueron cosas fuertes que me demostraron ser fuerte: el ACV, la separación de mi marido, el trabajo como un desafío y la responsabilidad de no de-

fraudar a quienes me confiaron en mí, la recuperación y la actual artrosis que no me deja mover. Cada tiempo es una marca que puedo pensar en obras, en escenarios, en trabajos sobre tela, pero también es la muestra de la fugacidad y de la perseverancia del espíritu».

Vagón seis: los paraísos presentes

Le hubiera gustado vestir a Frida Khalo, la admira por su tenacidad y talento.

Le gusta cocinar pastel de papas y canelones de verdura.

Le gusta compartir con María Elena, Rosario y Fabiana que siempre están en el hombro que necesita. Son compañeras de trabajo y persisten en la alegría. Le gusta agradecer a quienes han sido sus jefes: Gerardo Dayub, Carina Netto, todos con los que comparte, aunque sea, una charla.

Le gustan sus recuerdos: la obra *Las putas de San Julián* en la que conoció a Osvaldo Bayer. Las giras con el Teatro Nacional Cevantes que duraban tres meses en las que iban a distintos lugares que los llenaban de regocijo y anécdotas.

Le gusta escuchar una canción de cinco minutos que cuente una historia. Le gusta el rock tanto como la ópera.

Le gusta que la palabra sea la protagonista más que el traje, que su ropa no distraiga de los paramentos, que el teatro se escuche y se vea, que su trabajo rinda culto a quienes se acercan a dejar ropa de sus difuntos.

«Tengo mucho respeto por las prendas que los vecinos nos acercan, para ellos tienen un valor personal, para mí algo sobrevive en la tela, así que cuando utilizamos ese material somos cuidadosas».

Le gusta recordar *El organito* de Armando Discépolo y *He visto a Dios* de Francisco Defilippis Novoa. Le gustan las obras que recuperan mujeres que quedaron al margen de la historia: *Las Dolores* dirigida por Nadia Grandón, que retoma las figuras de Dolores Costa de Urquiza y Dolores Puig de López Jordán, que cuentan desde sus perspectivas la historia

de Caseros, la Confederación, Pavón y la muerte de Urquiza.

Le gusta enumerar las obras que vistió en Paraná: *El guapo y la gorda*, *Milonga Bardear*, *Plan B* (o la destrucción del aparato), *5438*, *Lo roto*, *Muñeca*, *El corazón del actor*, *La Garay* (una mujer para recordar), *Pánfilos*, *El cruce*.

Las giras federales: *Sol de noche*, *Un informe sobre la banalidad del amor*, *El partener*, *La crueldad de los animales*.

Le gusta agradecer, el gesto de las manos unidas y la mirada entre lo que las palmas unen. En un mundo alcanza con los nombres buenos para salir adelante.

En *Las Rosas* permanecen las paredes de la casa de los abuelos, la mirada fija en el movimiento zigzagante de las tías bordadoras, en el horizonte el río que hermana las provincias, el río que deviene en otro río lleno de historias, Heráclito y el agua sobre la piel, las escamas como un traje del cuerpo que se mueve sin piernas, como Laly que traquetea la máquina y cose, aunque esté quieta y gira, porque los párpados son otros telones que guardan más obras. ■

6 A T R A

(UNA EXCURSIÓN POR LA ENTRE RÍOS MEDITERRÁNEA)

MENCIÓN

Luis Alberto Zubieta (La Paz) Profesor de Geografía

Un camino, un sendero, una ruta, nos lleva y nos trae a un destino, nos transporta a lugares habituales o a escenarios desconocidos, a veces es una travesía extensa o breve, sinuosa o zigzagueante, otras veces la carretera se vuelve calle...Nuestra crónica cuenta sobre la Ruta Provincial 6, un itinerario caminero que está limitado al norte por la Ruta Nacional 12 y al sur, por la unión de las carreteras Nacional 12 y Provincial 39. La Ruta Provincial 6 es un derrotero que políticamente atraviesa los Departamentos de La Paz, Federal, Villaguay y Tala. Su trazado a manera de un meridiano, recorre la provincia conectando el noroeste y el centro de la entrerrianía. Es un camino interior, que «nace» y «muere» en un paisaje de región mesopotámica, allí, los variados arroyos, los continuos herbazales, los islotes de árboles y praderas, pintan e iluminan un cuadro de la naturaleza vernácula. Las estaciones del año decoran con sus matices climáticos el paisaje rutero y el degradé de verdes, sepías y grises son una constante de una soberanía ambiental que se construye legua a legua.

El inicio del recorrido

Quien recorre los más de ciento ochenta kilómetros de la ruta 6, transita un horizonte que amalgama un devenir histórico distinto, un modelado que mezcla lo moderno y lo pasado. Una organización del espacio geográfico diferente a la de los contornos carreteros de las riberas, ya sea del río Paraná, así como del río Uruguay. No siempre las condiciones socio-económicas homogeneizan la geografía y la ruta 6, pareciera un territorio de otro tiempo, olvidado, una pintura de la vida pastoril del siglo XIX, que observa en su transitar las tristezas y las esperanzas de su gente aglutinada en algunos parajes o dispersas en la campiñas aledañas. Raymond Williams en uno de sus libros, *El campo y la ciudad*, manifiesta: «Cuando pensamos en el campo nos viene a la mente la idea de una forma natural de vida: paz, inocencia y las virtudes simples» y a continuación el autor suscribe: «también se han desarrollado asociaciones hostiles que lo marcan como un sitio atrasado, con gente ignorante y limitada» (2017, p.15), en nuestro viaje por la carretera, estas representaciones deambulan, nos contradicen, porque de algún modo la

estética del paisaje que observamos, está arraigada en tradiciones o en experiencias políticas y culturales.

La ruta 6 se abre en la naturaleza del espinal y en la atmósfera del subtropical sin estación seca. Como telón de fondo de todo el sendero está la llanura, en esa morfología, las lomadas y en particular la de Montiel surge a manera de interminables ondulaciones, que son zanjadas y atravesadas por los arroyos. Cuando llueve de manera torrencial, estos riachos, siguiendo la pendiente del terreno suelen socavar, con variada intensidad las planicies lugareñas. Este paisaje natural se convierte en un paseo de referencia para los habitantes de las zonas rurales u ocasionalmente para los paisanos de los centros urbanos, ya que encuentran en la pesca de especies autóctonas, en el intercambio de un mate o en el ritual de compartir alguna carne asada, la oportunidad de vivenciar el tiempo y significar el lugar.

En su trazado la ruta 6, no recorre ninguna de las ciudades cabeceras departamentales, quizás la localidad de Maciá en el departamento Tala sea la comuna más importante. La presencia de alguna Colonia, como es el caso de Avigdor, marca la estampa de la inmigración planificada, que se quedó en los relatos y sueños de sus moradores. A la vera del asfalto, alguna estación de combustible abandonada, algún comedor con días y horarios determinados, constituyen la vida cotidiana o el reparo temporario para los viajeros. El caserío que acompaña suele ofrecer carnes y otros productos de la región, chivitos, corderos, miel, salames y huevos de «campo», estas manufacturas «caseras» configuran los souvenirs gastronómicos que los turistas o los curiosos desean llevar. Estas actividades menores sirven de alternativa económica para los jóvenes y viejos que siguen afincados en las zonas. Una escuela allá y otra más allá, un destacamento policial y un centro de salud hacen visibles las políticas estatales y atestiguan en su arquitectura el bienestar de una época. Hurgar en la polvareda de los caminos rurales que confluyen en la ruta 6, es contemplar la vida de campo, la gente a caballo, los sombreros, las bombachas, las botas, las boinas coloridas, las carreras cuadreras, las carnea-

das, los rebaños, los cencerros, los restos de un almacén de ramos generales, una existencia que media entre las tradiciones, las nostalgias, porque «antes» era así y los avatares de la era global.

Llegando a los cruces...

La Ruta Provincial 6 presenta tres cruces, de sur a norte, la Ruta Provincial 39 y la Ruta Nacional 12 en territorio del departamento Tala, el cruce con la Ruta Nacional 18 en jurisdicción del departamento Villaguay y la intersección con la Ruta Nacional 127 en competencia del departamento Federal. Un cruce de caminos es mucho más que el encuentro de dos vías de comunicación, en la geografía de la ruta 6, puede significar una nueva expectativa para los campesinos, una vuelta al pago y una nueva partida hacia otras luces. En esta territorialidad, la rutina de hacer «dedo» y el control policial, conviven con la vida de banquina, un habitar la ruta que muchas veces se construye una economía de subsistencia, entre la venta de chucherías varias y la oferta de mano de obra para lo que sea. El geógrafo Jorge Blanco en el libro *Geografía y territorios en transformación*, retoma un planteo de Claude Raffestin: «El habla de la visibilidad de la circulación y de la comunicación y cómo a veces el poder propone la transparencia de ciertos flujos –básicamente, los materiales– y la opacidad de otros tipos de flujos –los inmateriales, más difíciles de controlar, de seguir, de registrar–.» (2007,p.46). En este sentido, el Mercosur como promesa de transformaciones socio-productivas, por ahora es solo visible en la materialización del paso de los camiones.

Cambios y continuidades en el paisaje rural

En el texto *Territorio y población de Entre Ríos*, los autores Gustavo Peletti y Mariano Varisco mencionan que: «En los siguientes departamentos la población rural adquiere una representación destacada al superar el 30 %: Feliciano, Federal, Villaguay, Nogoyá, La Paz y Tala. Cabe destacar que la totalidad de estos departamentos se ubican en el norte y centro provincial» (2019, pp. 70-71). Estos datos corroboran que la ruta 6 recorre los departamentos de la provincia con mayores índices de población rural. Si tenemos presente, que tanto en la provincia, como en el país, la población urbana asciende a más del 80 %, estos números, no son solo indicadores estadísticos aislados, dan cuenta de un contexto socio-políticos de viejos y nuevos relatos, de áreas o zonas geográficas integradas o postergadas en el territorio entrerriano.

Viajar por la ruta 6 es transitar la ruralidad en clave pampeana, kilómetros y kilómetros de alambrados, es una imagen que se vuelve fugaz y permanente, en ese transcurrir, se combinan más al norte los rasgos del monte nativo, donde el ambiente es cuasi salvaje, los altos pastizales en las banquetas, denotan una y otra vez la vuelta y la resistencia de la vegetación original a ser domesticada. La flora achaparrada, baja y enmarañada, con islotes de árboles elevados como Algarrobos, quebrachos y el «conquistador» eucalipto, orientan la ubicación de una ranchada o el casco de una estancia. Las huellas del asfalto, que suelen serpentear en el horizonte, es un obstáculo para zorros, liebres y ciervos que intentan escapar una y otra vez de la caza furtiva. El caminar gracioso de las perdices suele acompañar la presencia de algún bache o las vías abandonadas del ferrocarril. Los sembradíos y el pastar de los animales denotan la presencia de las actividades agrícolas y ganaderas. En esta pintura clásica de la ruta 6, los pequeños, medianos y grandes productores es una «triada» sin

mayores precisiones, quizás desfigurada en las fronteras del modelo familiar y el modelo agroindustrial. Las chacras o las granjas se visualizan en la cría de ganado, la producción de pasturas y el cultivo de los cereales de siempre, a la que se suman las diversas actividades de huerta. En la confluencia de la Ruta Provincial 6 y la Nacional 18, el paisaje natural de décadas pasadas ha sido transformado, la llegada de un sistema de silos, recrea una geografía medieval, cuyos castillos de metal, asoman enhiestos y dominantes en la pampa entrerriana. La extensión de las bolsas blancas en el paisaje campestre semeja extrañas figuras, que parecen componer a la distancia un retrato de ciencia ficción. En este escenario agroganadero, los trabajadores rurales, offician entre la peonada de las estancias y los changarines temporarios, personajes seminómades que deambulan entre la ruta, los campos y el ejido de las ciudades cabeceras o parajes cercanos. Estos «migrantes» de las lomadas, amasan su identidad y su destino en el lenguaje propio y en los quehaceres diarios.

El final del viaje...

En la obra *Territorio lugar, paisaje*, Patricia Souto nos dice: «El paisaje expresaría un modo particular de ver el mundo, a través de la creación de una vista pintoresca. Pero se trata de una vista pintoresca definida por los modos de ver y de construir el mundo, en especial los espacios rurales, de una elite letrada y poderosa y por lo tanto es una construcción ideológica inserta en precisos contextos culturales y políticos», la cartografía de la ruta 6, es un itinerario que trasponne los márgenes simples de una carretera, por un lado, el trazado original, y por el otro la llegada del progreso y en ese acaecer, las múltiples imágenes y colores que deja reflejar la tierra y los hombres. En la repavimentación de la ruta 6, no solo están la queja de los vecinos, las promesas de los políticos, sino también el enojo de viajeros o turistas por las cubiertas o carrocerías rotas de sus automóviles. La ruta 6 es un pasadero de ómnibus que conectan Buenos Aires con el noroeste entrerriano y correntino, así como también con el noreste chaqueño-formoseño. Es un camino menor para el tránsito de los camiones, carretera oficial para los automóviles del departamento La Paz, rodaje habitual de todas las versiones de las camionetas cuatro por cuatro, camino común para el transitar de tractores y pista para los habitantes de la zona que con sus motos y vehículos herrumbrados y «tuertos» circulan a diario con sus historias, sus imaginarios y la vida misma.

La ruta 6 es un conjunto espacial que cimenta un horizonte en apariencia monótono y simple, pero que en el silencio de sus siestas y en la quietud de sus noches, sigue conjurando misterios y secretos propios de la idiosincrasia entrerriana. Es una región diferente a otras de las provincias, es una comarca merodeada por el progreso y a su vez refugio de usanzas y prácticas ancestrales. No siempre mirar implica lo que subyace a los ojos del viajero, sino pareciera que el relato concluye y se cierra rápidamente. La ruta 6 como acontecimiento, es una crónica que narra tiempos presentes y pretéritos, tiempos de incertidumbres y tiempos de esperanzas, ya sea, en su genuina intemperie o en la mirada rutinaria o forastera del peregrino. En ese diálogo, en esa conversación, en esa comunicación, hay una construcción de sentidos, un mundo de palabras que vienen y van. ■



Bibliografía:

Fernández Caso, M.V. (coord.) (2007). *Geografía y territorios en transformación: nuevos temas para pensar la enseñanza*. Ediciones Novedades Educativas.

Peletti, G., Gómez, N., Demarchi, Mariela (copm.) (2019). *Territorio y Población de Entre Ríos. Estudios demográficos contemporáneos*. Editorial Uader.

Souto, P. (coord.) (2011). *Territorio, Lugar y Paisaje, Prácticas y conceptos básicos en geografía*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Williams, R. (2017). *El campo y la ciudad*. Prometeo Libros